

Inolvidable doctor Folch

Emilia Picazo*

«Písele al *cloch* y dele al *suích*». Así le habrán sonado a aquel médico catalán las palabras de su espontáneo salvador. ¡Valiente ayuda que apenas entendía! Cómo saber que en México, su patria adoptiva, donde supuestamente se hablaba español, el embrague era el *clutch* y el interruptor de arranque era el *switch*.

Contaba el doctor Folch del primer coche que se compró después de llegar a México —seguramente no habrá sido el modelo del año—. Al poco tiempo, el coche se paró, me parece recordar que cerca de la Alameda Central. No faltó un buen samaritano que se acercó a ayudarlo cuando lo vio con

* Traductora médica y socia de Tremédica, México, D.F. (México).

el cofre abierto, y entonces apareció la famosa instrucción de marras, que tanto nos hizo reír al oírla.

Recuerdo haberle oído esa anécdota al doctor Alberto Folch en alguna de nuestras reuniones de trabajo los viernes por la tarde. Yo era una traductora novata, recién egresada de la carrera de medicina; estudiaba traducción en El Colegio de México y había decidido que esa sería mi profesión. Conocía el prestigio del doctor Folch, que en ese tiempo, alrededor de 1985, era ya un hombre mayor y el decano de los traductores médicos en México. Muchos de mis libros de la universidad eran traducciones suyas. Y sin embargo, se dirigía a mí con toda sencillez como «mi amiga, la doctora Picazo».

Mi contacto inicial con el doctor Folch fue por amigos comunes, catalanes como él y exiliados de la Guerra Civil, mentes brillantes que perdió España para ganancia de México. Teníamos entre manos un trabajo formidable, la traducción de la 11.^a edición de la *Medicina interna* de Harrison, coordinada por Bernardo Rivera para Editorial McGraw-Hill, con un equipo de seis o siete traductores. En aquella época, antes de las computadoras, un libro así ocupaba uno o dos cajones de un archivero metálico, llenos hasta el tope de hojas de papel revolución escritas a máquina. Las correcciones, con etiquetas adhesivas y todo un conjunto de signos acordados

por convención, terminaban por parecer un juego de serpientes y escaleras. Y en el mundo *pre internet*, las reuniones de los viernes nos sacaban de la soledad del traductor, nos permitían intercambiar dudas y soluciones y recibir las enseñanzas, siempre generosas y de buen humor, de quien era un maestro en todo el sentido de la palabra.

Tenía otras anécdotas y frases memorables, como aquello de «si no sabe cómo resolverlo, sálteselo y tire pa'lante», cosa en realidad inverosímil cuando uno conocía su rigor personal y profesional.

Poco sabía yo en ese tiempo de su vida azarosa o de la faceta del doctor Folch como fisiólogo e investigador. Su solo trabajo como traductor podía llenar una vida profesional entera, pero hay personas a quienes la voluntad y la inteligencia les dan para tanto más.

Nos dicen los expertos que la memoria a veces nos engaña. No sé, tal vez la anécdota del *switch* no sea del todo fidedigna en sus detalles. Pero al paso de los años, por encima de la conciencia de haber conocido a un hombre excepcional y tenido el gusto de colaborar con él, lo que la memoria sin duda no distorsiona es el recuerdo de un hombre cálido y afable, apasionado de la traducción y con el corazón de un maestro. El inolvidable doctor Folch.